Apuntes sobre la crisis civilizatoria. El pueblo no ha desaparecido. Por Fernando Astudillo Becerra

23 DE NOVIEMBRE DE 2026

Apuntes sobre la crisis civilizatoria. El pueblo no ha desaparecido. Por Fernando Astudillo Becerra

EL momento político que vive nuestra América Latina nos mueve a reflexionar sobre las razones que lo explican, así aparece el concepto de la "cuádruple crisis del siglo XXI" o crisis multidimensional civilizatoria, que es un marco analítico utilizado por sociólogos, economistas y teóricos políticos para explicar que los grandes problemas actuales no son fenómenos aislados, sino un sistema de crisis interconectadas que se alimentan mutuamente.

La primera es la crisis ecológica y climática, es probablemente la más irreversible ya que no se reduce únicamente al calentamiento global, sino al colapso de las condiciones que sostienen la vida tal como la conocemos o la conocíamos. Esta incluye el cambio climático y parece que no hay duda hoy que este es antropogénico, es decir, causado por la acción humana, que entre otras cosas se manifiesta en la pérdida masiva de biodiversidad; el agotamiento de bienes comunes indispensables como: el agua potable, suelos fértiles y materias primas críticas.

La segunda es que la economía del siglo XXI arrastra una distorsión estructural caracterizada por la especulación financiera que está completamente divorciada de la

economía real y productiva; un endeudamiento global insostenible (tanto público como privado); una desigualdad en la distribución del ingreso y la precarización sistemática del mercado laboral.

La tercera es la vulnerabilidad de la vida, esta dimensión aborda el desgaste del tejido social; que se expresa en una crisis demográfica que nos lleva al envejecimiento de la población, las/los jóvenes ya no quieren tener hijos/as, y migratoria por desplazamientos masivos forzados por la violencia, la pobreza o el clima; el colapso de los sistemas públicos de salud y protección social transfieren la carga de la sostenibilidad de la vida a las familias, afectando de manera desproporcionada a las mujeres y precarizando las bases del bienestar cotidiano.

La cuarta es la crisis que trae la pérdida de legitimidad política y de representación, los/las ciudadanos/as ya no se sienten representados/as por las democracias liberales tradicionales, perciben que las decisiones clave las toman poderes fácticos o mercados globales transnacionales fuera de control ciudadano; si a ello agregamos la polarización y desinformación potenciada por lo digital y los algoritmos se abren las puertas al auge de autoritarismos, nacionalismos excluyentes y democracias de etiqueta.

Y la quinta crisis que sostiene Leonardo Boff, es la "crisis valórica" o crisis ética de nuestra época, la que no es un evento aislado, sino la manifestación de un colapso del paradigma civilizatorio occidental. Boff sostiene que hemos construido una sociedad basada en la dominación, el consumo y el individualismo, lo que ha quebrado nuestros vínculos más fundamentales.

Los elementos centrales que configuran esta crisis son: La pérdida de la "Óptica del Cuidado", Boff argumenta que la sociedad moderna sustituyó el ethos (la raíz ética) del cuidado por el ethos de la conquista y la dominación. El ser humano dejó de sentirse parte de la naturaleza para convertirse en su dueño y explotador. Al perder la capacidad de cuidar, de la Tierra, de los demás y de

nosotros mismos, caemos en una profunda degradación moral donde todo se vuelve desechable.

Nuestra cultura ha entronizado el consumismo material como la máxima expresión de la realización humana, es decir la primacía del tener sobre el ser, para Boff, esto genera una crisis espiritual y de valores porque redefine la felicidad en función de la acumulación de bienes y convierte las relaciones humanas en transacciones mercantiles (la mercantilización de la vida).

El modelo económico y social vigente fomenta una competitividad feroz que aísla a las personas y genera una insatisfacción crónica, ya que los deseos materiales son infinitos pero los recursos del planeta son finitos.

El individualismo rompe con la solidaridad, se debilita el sentido de comunidad, de bien común y de corresponsabilidad social. En el individualismo el "otro" ya no es visto como un semejante o un hermano (en el sentido de la ecología profunda), sino como un competidor o un obstáculo para el éxito individual.

Hemos colocado al ser humano y específicamente a un tipo de ser humano productivo y consumidor en el centro absoluto del universo, ignorando el valor intrínseco de las demás formas de vida. Esta desconexión de la "comunidad de vida", la biosfera, nos impide ver que el daño que le hacemos a la Tierra nos lo hacemos a nosotros mismos.

Boff nos dice que la dimensión espiritual humana se pierde, esa capacidad de sentir asombro, veneración, compasión y respeto por el misterio de la vida. Al reducir la realidad únicamente a lo que es racional, técnico o económicamente útil, la humanidad experimenta un vacío existencial y una pérdida de sentido ético.

"La crisis actual no es una crisis económica o política; es una crisis de la humanidad que ha perdido la brújula de la compasión, de la solidaridad y de la reverencia ante la vida." — Leonardo Boff, Ética y Moral.

Finalmente, hay un elemento más ¿Cómo es posible que "el pueblo", viviendo la precariedad de la crisis social y ecológica, termine eligiendo en las urnas a proyectos de corte neofascista o autoritarios de extrema derecha?

Para entender este fenómeno en la última década, la ciencia política global ofrecen varias claves interpretativas sobre dónde quedó el pueblo y qué rol juegan las minorías activas en este escena.

El apoyo popular a liderazgos neofascistas no nace de la ignorancia, sino de un profundo y legítimo resentimiento contra las promesas incumplidas de la globalización y la democracia liberal.

Décadas de precarización laboral, desmantelamiento de los servicios públicos (salud, educación) e inseguridad ciudadana han generado una angustia social generalizada. Ante un Estado que se percibe como ausente y o corrupto, las narrativas neofascistas ofrecen certezas rápidas y un culpable visible.

En lugar de dirigir el descontento hacia las élites financieras o los modelos extractivistas verdaderos responsables de la crisis, estos liderazgos redirigen la rabia popular hacia "el enemigo interno": los migrantes, las diversidades, los pueblos indígenas, el feminismo o el propio aparato estatal. Es lo que se denomina la construcción de una identidad de resistencia defensiva dentro del propio pueblo.

Una de las mayores victorias culturales del neofascismo contemporáneo en estos últimos dos decenio ha sido arrebatarle las banderas de la rebeldía y la libertad a las minorías activas y a la izquierda.

Tradicionalmente, rebelarse contra el sistema era una bandera de los movimientos populares. Hoy, para amplios sectores del pueblo especialmente jóvenes precarizados o trabajadores informales, la "libertad" ha sido resignificada como el derecho a emprender sin regulaciones estatales, a no pagar impuestos y a desconfiar de lo colectivo. El "pueblo" se fragmenta en individuos que compiten entre sí, rompiendo la base misma de

la solidaridad comunitaria. Pese a este oscuro panorama hay esperanzas.

Frente a la crisis económica y ecológica, la propuesta central, liderada por Eduardo Gudynas y otros autores latinoamericanos nos propone romper con la ideología del progreso indefinido y el crecimiento económico medido exclusivamente por el PIB. El Buen Vivir, Sumak Kawsay / Suma Qamaña, inspirado en las cosmovisiones indígenas andinas y amazónicas, propone una filosofía de vida donde el bienestar no depende del consumo material ilimitado, sino de la armonía entre los seres humanos y la naturaleza.

Pasar así de una visión antropocéntrica (donde la naturaleza es una "despensa de recursos") a una biocéntrica, reconociendo a la Tierra como sujeto de derechos jurídicos inalienables, tal como se consagró en la Constitución de Ecuador de 2008 y de Bolivia de 2009.

El pueblo no ha desaparecido, está fragmentado, desamparado y disputado. Para frenar la deriva neofascista, el desafío urgente es construir un nuevo sentido común popular que logre vincular la urgencia material inmediata: el pan, el trabajo, la vivienda, la seguridad en la calle, con las grandes transformaciones de fondo: la justicia ecológica, los cuidados y la democratización real, ello supondrá necesariamente trabajar en la construcción del postcapitalismo.

https://www.lemondediplomatique.cl/apuntes-sobre-la-crisis-civilizatoria-el-pueblo-no-ha-desaparecido-por-fernando.html